



**XXXII acto de Exaltación a  
Ntra. Sra. de la Encarnación**

A cargo de nuestro hermano

**David Molina Cañete**

Interpretaciones musicales por la

**Banda Municipal de la Puebla del Río**

Lunes 23 de enero de 2023    20:30 horas    Parroquia de San Benito Abad



PRESENTACIÓN DEL EXALTADOR  
POR

Álvaro Carmona López



Y Dios te Salve, María,  
no me sueltes de la mano.  
Si ahora cierro los ojos  
y visto, morado y blanco.  
Quiero estar toda la vida  
siendo cirio, cruz y nardo.  
Tan solo, cerca de Ella,  
parece que es Martes Santo.

La noche se ha vuelto cómplice de los sueños de dos hermanos de San Benito. Porque en la complicidad de la luna y el papel, se ha escrito la historia de impresa de una amistad que empezó sin ponerse cara. Durante muchos años, nos comunicamos por correo electrónico. Un adolescente ávido de aventuras y un más que contrastado director de boletín que abrió las puertas a todo el que quiso sentirse parte de la hermandad.

“Te mando una foto, también tengo una idea para un artículo...” y así empezamos a trabajar en una ilusión que acabó con esos textos en las clases de catequesis o siendo la primera ventana que tenían los hermanos en esas cuaresmas donde la información venía envuelta en papel de correo en el buzón de casa.

Y volver a casa, a presentar a un amigo, es otro regalo de la Virgen de la Encarnación. Ella sabes quienes somos, estimado exaltador. Lo sabe porque crecimos con la venia de su fragancia de azucena y nardos, porque somos hijos de la Encarnación y donde quiera que hayamos ido, siempre la hemos llevado palpitando en las entrañas. Una Madre es una Madre y una Reina como esta, no puede más que tener lo mejor. Los mejores hijos, no son aquellos que la quieran más porque lo digan todos los días, los mejores hijos son aquellos que la quieren siempre sin pensar en lo que vendrá de su amor.

Un amor como el que le profesa, el exaltador de esta noche. Madre Encarnación, hoy tienes un compañero de altar del que te vas a sentir orgulloso. Y quiero presentarles al hombre que ocupará en breves momentos este atril.

David Molina Cañete nació en Sevilla en 1969 y es Técnico Superior en Delineación Industrial, así como Historiador del Arte por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Actualmente realiza un Máster de investigación en Historia del Arte en la citada institución.



Ingresó en nuestra hermandad en 1979, perteneciendo también a la Hermandad de El Silencio de nuestra ciudad y de la Santa Vera-Cruz de Olivares.

En nuestra corporación, fue componente de la primera Banda de la hermandad, miembro del grupo joven y del cuerpo de acólitos como servidor (Esplendores de Sevilla y Coronación Canónica), y formó parte de diversas comisiones de trabajo, como las del 75 aniversario del Señor de la Presentación, el 450 aniversario fundacional o las de redacción del reglamento de régimen interno y de las dos últimas reformas de reglas de la Hermandad.

Por otra parte, ha ocupado los cargos de archivero, secretario y consiliario en distintas juntas de gobierno (1995/2007), ha sido comisario de la exposición “San Benito. Historia y sonos de la Hermandad” (2015), además de dirigir el boletín informativo entre los años 1997 a 2022, donde empezó a escribir en 1993.

Es colaborador habitual del Boletín de las Cofradías de Sevilla, en cuyas páginas ha publicado numerosos artículos relacionados con acontecimientos históricos de nuestra corporación, habiendo igualmente colaborado en diversas publicaciones de hermandades de nuestra ciudad, su provincia y otras localidades andaluzas.

Ha publicado dos libros: la monografía “Hermandad Sacramental de San Benito. Historia y patrimonio artístico” (2004) y “Nuestra Señora de la Encarnación. Estudio histórico- artístico” (2021), donde se plasma la hipótesis de autoría de nuestra venerada titular al imaginero Blas Molner.

Actualmente sigue profundizando en el conocimiento de este artista, habiéndole atribuido algunas imágenes sagradas como el Cristo de la Salud de Olivares, la Virgen de los Dolores de La Puebla del Río o el Cristo de las Tres Caídas de Valverde del Camino, aparte de otras que se darán a conocer próximamente.

Su primera exaltación. Su primera vez. Darte la alternativa en casa, es como torear en la Maestranza un Domingo de Resurrección. La gente espera mucho de ti pero tú tienes un toreo distinto. Pausado, medido, sin esos alardes estridentes que levantan los tendidos pero que dejan un recuerdo de faena antológica. Tus efemérides, serán verónicas al vuelo. Tus palabras de trabajo y esfuerzo, un capote alzado con el péndulo de las muñecas fuertes y elegantes. Y así, todo lo que traigas para terminar con un “olé” de los que



conoces del paso de la Presentación al Pueblo o una revirá eterna del Cristo de la Sangre.

¡Qué suerte tenemos, David! Ser de San Benito es algo más que una junta de gobierno o que un puesto de confianza. Porque nosotros nos vamos y Ellos se quedan. Porque el único inmortal es Jesús en el Sagrario y su Madre en un Dios te Salve. Ser de San Benito es cirio, costal y también ese monaguillo que con sus primeras luces de la vida, tiene en diciembre a la Madre de Dios junto a un anciano en las Hermanitas.

Tenemos que estar orgullosos de ser de San Benito. Para que la vida cuando nos golpee o nos dé una alegría, nos haga volver a casa para dar gracias y agarrarnos a los titulares.

Presentación, Sangre y Encarnación. Tres nombres que nos llevan en una medalla a sentir el orgullo inmenso de ser de La Calzá.

No sé que traes en las alforjas pero estará escrito y pronunciado con el corazón. Madre Encarnación...

**Aquí tienes pregonero**  
para que tu Gloria exalte.  
Que ni una palabra falte  
en este amor verdadero.  
Al atril irá primero  
una oración proclamada  
porque al verte la mirada  
esta misión se termina.  
Sube aquí, David Molina...  
que la tienes entregada.

Sube aquí, David Molina,  
-el pregonero encarnado-  
que ya tu tiempo ha llegado  
y en palabras se imagina.  
No hay ocasión que defina  
esto que vas a sentir.  
Lo que vas a recibir  
va directo al corazón.  
Llamarás Encarnación  
a esta forma de vivir.



Un boletín, papeleta,  
historia y un libro escrito.  
La gente de San Benito  
con devoción te sujeta.  
Abre pronto la libreta  
que el alma no espera tanto.  
De pastas, tienes su manto  
y es abril tu compañero.  
¡Súbete aquí, pregonero  
y sueña que es Martes Santo!

Muchas gracias.



**EXALTACIÓN**

**A**

**NTRA. SRA. DE LA ENCARNACIÓN**

DAVID MOLINA CAÑETE

23 de enero de 2023



## Salutación a la Virgen

ENCARNACIÓN:

Tú eres orgullo y fundamento de nuestra hermandad;

Tú eres mujer privilegiada que lleva en su seno la causa de nuestra fe;

Tú eres ejemplo de amor y de entrega sin límite;

Tú eres la Madre paciente y sencilla;

Tú eres nuestra confidente y mediadora;

Tú eres la que nos guía y nos guarda;

Tú eres azucena de pureza que llevamos en el pecho en nuestro día grande.

Y es que no hay mejor nombre que el tuyo: once letras que guardan la esencia de tu ser.

Y es que Tu nombre es Triana, la Cava, Santa Ana, Guadalquivir, puente de barcas...

Tu nombre es Calzada, Oriente, la Viña, Lictores, Campo de los Mártires...

Tu nombre es caridad, Hermanitas, fe, ancianos, esperanza...

Tu nombre es Martes Santo, alegría, nervios, penitencia, sol...

Tu nombre es Sevilla, hermandad, familia, Reina, Madre: ENCARNACIÓN.





## Agradecimiento y perdón

Reverendo señor párroco de San Benito y director espiritual.

Señor hermano mayor y junta de gobierno de nuestra hermandad.

Familiares, amigos, hermanos y cofrades.

En primer lugar y, como no podía ser de otra manera, quiero mostrar mi agradecimiento al hermano mayor, mi buen amigo Pepe González Quirós, por proponerme para esta misión, que acojo como un gran privilegio, pero a su vez como una gran responsabilidad. Aunque me costó aceptarlo, tú jugabas con la ventaja que te daba saber que yo no podía decir que NO a nada de lo que me propone mi hermandad. Gracias de nuevo por tu confianza.

Evidentemente, hago extensivo este agradecimiento a la junta de gobierno que presides.

Al presentador: ¿qué te puedo decir, Álvaro? Habrá quien piense que ha sido el destino el que te ha puesto aquí. Pero yo estoy segurísimo que ha sido nuestra Virgen quien lo ha hecho posible. Porque Ella conoce bien nuestra amistad y sabe la ilusión que me hacía. Aunque ya temía yo que me ibas a sacar los colores con tus palabras... ¡eternamente agradecido querido amigo!

A la Banda Municipal de La Puebla del Río por atender mis peticiones para esta exaltación, engrandeciéndola con vuestros sonos, esos que nos hacen trasladarnos a ese día tan esperado y soñado durante todo el año.

Mi agradecimiento a mi esposa, Almudena, y a mis hijos Manuel Dimitri y Violeta María de la Encarnación, por vuestro apoyo, compañía y consejos, por vuestra infinita paciencia con el tiempo que os he quitado, y por tantas y tantas cosas...

Agradecer también a mis padres, Aurora y Luis, por inculcarme sus valores, por su sacrificio continuo, y por acompañarme desde pequeño a este mundo de las cofradías. Sabed que, desde que aprendí a leer, los tenía agotados, porque no se me escapaba ninguna convocatoria de cultos de las fachadas de las iglesias, ¡tenían que llevarme a todos los besamanos! o esperar a que, en cualquier procesión, pasara hasta el último músico. Y aunque Marta, mi hermana, solía protestar, al final se ve que lo llevaba en la sangre y ha sabido transmitírselo a sus hijos, que hoy forman parte de esta gran cofradía.



Gracias igualmente al resto de mis familiares, por compartir mi dicha, por darme ánimos y por teneros aquí presentes, al igual que sucede con mis amigos y, por supuesto, con los hermanos y cofrades que estáis hoy conmigo.

Y del agradecimiento al perdón. Perdón porque me considero la antítesis del pregonero; de hecho, es la primera vez que me enfrento a un acto de este tipo, pero ahí precisamente está la grandeza de este reto, y más si en el horizonte está la imagen en la que veo a la Madre de Dios: Tú, Encarnación. Tú, que me brindas hoy la oportunidad de decirte en público cuánto te quiero y te debo, lo presente que estás en mi día a día, aunque muchas veces no me dé ni cuenta, y, claro está, para darte las gracias por haberme puesto en este atril para expresarlo.

Solo aspiro a eso, y a que me acompañéis por este itinerario personal en el que se irán engarzando mis memorias y vivencias en el seno de esta hermandad; esas que he intentado plasmar en estas líneas para que sintáis conmigo la presencia de María en nuestras vidas.

Ahora bien, si algo tenía claro desde el primer momento, es que ni por asomo iba a atreverme con la poesía. Admiro a quien tiene la habilidad de hacerlo, pero sinceramente, mi experiencia no es muy positiva, como bien pude comprobarlo allá por los años noventa, cuando participaba junto a otros jóvenes de la hermandad en uno de los ya míticos concursos de cultura cofrade. Y es que nos pusieron la “dura” prueba de componer y recitar un poema. Tras el tiempo establecido, luchando con el ritmo y la métrica, a mis compañeros y a mí nos salió algo así:

*“Que bonita va mi Virgen  
la noche del Martes Santo,  
y mira como relucen  
los bordados de su manto”.*

Después de este ejemplo, supongo que comprenderéis que no haya vuelto a escribir poesía...



## Los que me faltan

Permitidme en este instante que me acuerde de aquellos hermanos que formaron parte de esta gran familia, con los que compartí las más variadas experiencias, y que hoy ya no están físicamente junto a nosotros. Aunque sabemos que se encuentran en un sitio mejor: en la gloria de Dios, aquí abajo los seguimos echando de menos. Hermanos que se desvivieron siempre por la hermandad, cada uno a su manera, pero todos buscando invariablemente lo mejor para la misma, y con un denominador común: su amor hacia nuestra bendita Madre de la Encarnación.

Me falta mi tío Juan Antonio Sánchez Ruiz, sin quien probablemente hoy no estaría aquí. Él, que se crio en la Calzada, me trajo hasta San Benito allá por 1979, cuando aún no había cumplido ni diez años. Trabajó mucho por la hermandad, en ese tipo de faena que muchas veces es invisible, pero gracias a él hoy tenemos, por ejemplo, ese pionero mecanismo hidráulico para la cruz del Cristo de la Sangre, o por su implicación disfrutamos de Caseta en el Real de la Feria. Mi tío fue de los primeros hermanos costaleros del Señor de la Presentación y se retiró como contraguía de nuestra Virgen en su Coronación. Además me enseñó algo muy curioso, que hasta entonces yo desconocía, y puede que algunos de vosotros también: el punto exacto desde el que contemplar el paso de la Sagrada Presentación para que se vean las caras de todas las figuras. Llegué con él de la mano y acabé con un cirio, a pesar de mi corta edad, acompañando a la Virgen de la Encarnación en el que sería mi primer Martes Santo, y ya es casualidad que mi último Martes Santo hasta hoy, fuera acompañándola a Ella en el ya lejano 2019. Ahora tú ya la acompañas para siempre y aquí te recordaré haciéndolo como uno de esos ángeles del candelabro de entrevaral que lleva el nombre de tu familia, ¡Qué honor el tuyo, tito!

Me faltan ya tres de los hermanos mayores que he conocido en estos más de cuarenta años. José María Rodríguez Guillén, que me inculcó el amor a nuestra Madre, que era su pasión, en horas y horas de charlas salpicadas de vivencias, entre las que siempre me impactó la historia del rescate de la Virgen con barcas durante la fatídica inundación de 1948. José María Suárez San Miguel, todo un caballero que me guió con sus consejos, sabiduría y saber estar, y que tuvo la generosidad de poner a mi disposición su archivo fotográfico personal para ayudarme a ilustrar el libro de la historia de la hermandad. Y Luis Arjona Major, que me brindó la oportunidad de



pertenecer por primera vez a una junta de gobierno y además en el cargo que más me gustaba: el de archivero; a la vez que me dio la confianza para dirigir el boletín de la hermandad, del que he estado al frente durante veinticinco años.

Me faltan compañeros de junta de gobierno: Vicente Rus, Rafael Cintado y Juan Manuel Espín, con quienes compartí tertulias improvisadas y momentos de verdadera hermandad, cargados de buenos recuerdos.

Me falta Antonio Barreno, “el Queo”, de quien voy a echar de menos su comentario, con su puntito de guasa, que estoy seguro que hoy me tendría reservado, del estilo de lo que me dijo cuando publiqué la hipótesis de autoría de nuestra Titular: *“niño, deja ya de investigar, a ver si va a aparecer que la Virgen hizo la Comunión la semana pasada”*... ¡Genio y figura!

Me faltan mis dos queridos y entrañables sacerdotes: don José Salgado y don Manuel Luque, ejemplares guías espirituales y buenos consejeros.

Me falta mi maestro de la primera banda, Enrique Castro “Baena”, y es que, aparte de enseñarnos a tocar, era como un padre para sus “niños”, pues nos conocía perfectamente a todos. A mis padres siempre les decía de mí: *“¡Este niño lo serio que es! No bebe ni agua y no se sale de la fila ni para ir al servicio”*...

Desgraciadamente, me faltan hoy también compañeros de esa banda de pantalones y boinas azules, guerreras beige y galas rojas: ya deben estar sonando en el cielo la corneta de Jaramillo y la caja de Roldán.

Me faltan las camareras de la Virgen: Rosario, Carmelita, “Nena”, que con tanto mimo y arte cuidaban de su ajuar para tenerlo siempre a punto.

Me faltan amigos y hermanos como Manolo Martín Espejo, mi presidente del grupo joven, un torbellino que se fue demasiado pronto; los queridos y serviciales Pérez, Manolo Cruz y “el Caña”, que se afanaban porque todos los enseres lucieran como el primer día; Urraco, o el arte de pegar convocatorias en el lugar más insospechado; Pepe Martín y su inseparable cámara de fotos; “el Lolo”, que venía a cobrarte la cuota a casa y acababa en tu mesa compartiendo un aperitivo; “el Moore”, con un corazón tan grande como su propia figura; “el Coli”, cuya maestría quedó fundida para siempre en el llamador del Misterio; Mari Ángeles y su gran ilusión con el ropero infantil; la sapiencia y la paz que transmitía el bueno de Pepe Alcérrecas; Manolo Vallejo y su inconfundible voz al órgano...



Me falta mi capataz, Carlos Morán, y es que, aun cuando nunca fui costalero, él me hacía sentir como uno más de la cuadrilla desde que, de pequeño, correteaba por los ensayos con su hijo Carlitos, en los que cargábamos (y jugábamos) con el agua, con la que, incluso a veces dábamos de beber a los costaleros. Allí en el cielo seguirás compartiendo vivencias con tus costaleros, entre ellos mis añorados Alegría, Ritoré y Vaquero; esas vivencias con las que tanto aprendí, además de con tus famosos paseos por el itinerario de la cofradía -que llevabas medido al milímetro- en busca de posibles obstáculos. Ahora, cada vez que suena el llamador del Señor, anhelo siempre escuchar esa frase con la que te hiciste eterno: “¡Arriba el Hijo de Dios!”, que es patrimonio inmaterial de la hermandad y de nuestra Semana Santa.

Como eterno es otro de los que me faltan: la voz de la “Calzá”, el gran Pascual González. Primero te conocí gracias a tus sevillanas cofrades y con el tiempo pude ser tu amigo y hasta confidente en muchos asuntos de nuestra hermandad, esa que llevabas a gala allá a donde te conducían tus caminos con tus Cantores de Híspalis. Con gran humildad y constantemente dispuesto a ayudar, hemos sido muy afortunados de poder contar con tu arte, plasmado para la eternidad en las páginas de nuestro boletín, o en forma de canciones, himnos y marchas procesionales, como la que compusiste para la coronación de nuestra Madre y que hoy ha sonado ante Ella por primera vez. Ahora sé que disfrutas de un lugar donde siempre, siempre “*son las cuatro de la tarde*”.

Y aunque no llegué a conocerlo personalmente, no podía dejar de acordarme de ese gran hermano mayor que fue Manolo Ponce, por todo lo que significó su labor para la hermandad actual, y cuya huella sigue muy presente, perpetuada en sus hijos y en la portentosa imagen del Cristo de la Sangre.

Para todos ellos, y para todos esos hermanos que nos precedieron y que hicieron con su trabajo y sacrificio que la Hermandad sea lo que es hoy en día, mi recuerdo, respeto y admiración más sentida. Madre, cuídalos eternamente, porque ellos SON San Benito.



## ¿Por qué Encarnación?

¿Por qué Encarnación? ¿qué fue lo que llevó a esos primitivos devotos, vecinos del barrio de Triana, a elegir esa advocación para Ti? Gente humilde, probablemente poco instruida, curtida por su trabajo a orillas del Guadalquivir como calafates o carpinteros de ribera, pero con un amor infinito que les llevó a constituirse en Hermandad, y sacar fuerzas y recursos de la nada para construirte una capilla propia en la Cava y una casa hospital, donde dar cobijo a enfermos y pobres, atendiendo sus necesidades.

Claro que el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, es uno de los pilares fundamentales de nuestra fe y razón de ser como cristianos. De ahí la grandeza de María, esa joven de Nazaret que un día recibió la visita del arcángel Gabriel y dio un rotundo SÍ, sin dudar, a la propuesta divina. Y aceptó aún a sabiendas del dolor que ello le produciría desde prácticamente el nacimiento de su Hijo y, sobre todo, cuando años más tarde sería testigo del sufrimiento y Pasión del fruto de su vientre. Ese al que apresaron y trataron como un vulgar malhechor, siendo azotado, coronado de espinas y presentado al pueblo por Poncio Pilato para su mofa y escarnio, antes de ser sentenciado a morir. Lo vería cargando con una cruz por las calles de Jerusalén y, sin solución de continuidad, clavado a esa misma cruz en el monte Calvario, donde moriría no sin antes derramar hasta la última gota de su Sangre. Pero este dolor formaba parte de una misión mucho más trascendental, y Ella era consciente: ni más ni menos que la Redención y Salvación del género humano. Es por eso que cuando el Verbo se encarnó en sus purísimas entrañas, María se convirtió en el primer sagrario y templo de la humanidad, hija de Dios Padre, madre de Dios Hijo y esposa del Espíritu Santo.

Animados por el ejemplo de María, estos cofrades trianeros mantuvieron encendida la llama de su devoción durante más de trescientos años, hasta que la difícil situación política y social en la que se vio inmerso nuestro país a mediados del siglo XIX, hizo desvanecer esa lumbre hasta casi extinguirla.

Pero aún había un rescoldo, que se avivó precisamente entre estas cuatro paredes sagradas; llegaste sin hacer ruido, casi de casualidad, y pronto calaste entre los corazones de los vecinos de la Calzada. Poco a poco se fue fortaleciendo la llama, hasta adquirir el ímpetu que tiene ahora y cuyo compromiso para mantenerla viva asumimos hoy los que estamos aquí



contigo; los mismos que esperamos ser capaces de poder transmitir este maravilloso legado a las generaciones venideras para que nunca se apague.

Esa llama, que nos une, nos ilumina y es faro de nuestras vidas, se llama Encarnación.



## Las manos que te tallaron

Yo pensaba, Madre mía, que te había hecho el mayor regalo que podía hacerte: sacar del anonimato al artista que talló tu divino rostro, ese que nos estremece y nos hace querer aliviar tu dolor y secar las lágrimas que surcan tus mejillas.

Sin embargo, has sido Tú la que me has hecho un regalo aún mayor: el poder estar hoy aquí, aunque no para hablar de técnica escultórica, de fechas o de policromía, sino para eso que, precisamente, no venía en el libro que te dediqué: para hablar de sentimiento, de vivencias y de tus hijos de San Benito.

Durante muchos años, había soñado con averiguar algún día quién tuvo la fortuna de haberte tallado, no para satisfacer mi ego, sino para darle valor al escultor que te creara y sacarlo de su inmerecido anonimato.

Y Tú me has guiado y ayudado en esta apasionante tarea ¡qué le pregunten si no a mi esposa y a mis hijos! quienes, contagiados por mi entusiasmo, se dejaron embarcar a ciegas en esta particular travesía, que nos llevó a visitar los más diversos lugares, donde continuamente notábamos Tu presencia, a la vez que se nos abrían puertas de templos y museos, y donde siempre éramos tratados con amabilidad y un tacto exquisito.

Para no cansaros con tecnicismos que no vienen al caso, lo que buscaba en esos múltiples viajes era -para entendernos- ver reflejada a nuestra Virgen de la Encarnación en otras esculturas, y hacerlo no sólo por los parecidos formales entre ellas, sino también a través de otros detalles, a veces ocultos, que forman parte del sello propio de cada autor.

Todos estos indicios me encaminaban, con una alta probabilidad de éxito, hacia el escultor Blas Molner, nacido en Valencia en 1738 y fallecido en Sevilla en 1812, ciudad en la que vivió y trabajó durante más de cuarenta años. En efecto, se trata de un artista del siglo XVIII, por lo que la antigüedad tradicional de nuestra Titular quedaba en entredicho, pues siempre se había considerado obra de la centuria anterior. ¿Entendéis mejor ahora las sutiles palabras de “Queo”?





Y en especial, hubo una sagrada imagen que finalmente sirvió como catalizador para afinar mi búsqueda: el Santísimo Cristo de la Salud de Olivares. En su rostro vi el de nuestra Madre, y vi cumplida la frase de San Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas: *“Todo a Jesús por María, todo a María para Jesús”*, pues el crucificado me encaminaba hasta la Virgen de la Encarnación, y Ella me guiaba de vuelta hasta el bendito Cristo de Olivares. Nunca podré estar suficientemente agradecido a la Hermandad de la Santa Vera-Cruz por las facilidades que me dieron desde que me presenté allí junto a mi familia, sin avisar, para plantearles mi teoría, que acogieron con entusiasmo y gran interés.

Así que una espléndida mañana de abril me dirigí hasta Olivares, acompañado del profesor Miñarro, donde nos esperaba el crucificado a los pies de su capilla, para buscar ese nexo de unión entre ambas imágenes. Aunque no apareció la firma del autor, sí confirmamos varios detalles que nos animaron a seguir investigando y, lo que es más importante para mí: caí rendido a su magnetismo y su unción sagrada, convirtiéndome desde ese día en devoto suyo y, muy poco tiempo después, en hermano Crucero y su nazareno en la noche del Jueves Santo.

He de decir que el profesor siempre lo tuvo más claro, porque no se limitaba a ver las pruebas como lo hacía yo en mi faceta de historiador del arte, sino que por su cualificación y su oficio, conocía otras cosas a las que yo no llegaba. Por eso siempre insisto en que mi investigación ha sido multidisciplinar, porque han confluído diferentes ramas del saber y se han empleado diferentes métodos que, unidos entre sí, al final han llegado a una misma conclusión. Así y todo, nada de esto habría sido posible sin la ayuda de mi querido Juan Manuel Miñarro. Tú me abriste de par en par las puertas de tu taller, que son las de tu propia casa, y me animaste a seguir indagando para llegar a buen puerto, algo que afortunadamente conseguí, y ese éxito lo compartiré siempre contigo. ¡Gracias, amigo!

Las manos que te tallaron, Encarnación, fueron unas manos privilegiadas, que lograron ese difícil cometido que los príncipes de la Iglesia buscaban desde el Concilio de Trento, allá por el siglo XVI: que a través de tu imagen viéramos a la Madre de Dios, para poder rezarte y venerarte hasta que llegue el día en que te tengamos frente a frente. Y si bien ese, y no otro, es el fin de las imágenes devocionales, no dudo que tu verdadero rostro será muy parecido a este que vemos y tanto queremos, aunque estará libre de la tristeza, el dolor y las lágrimas que nos conmueven. Somos afortunados,



porque quizás en otro lugar estarías en un museo, como cualquier obra de arte, y aquí podemos venir a verte cada día para compartir contigo nuestras inquietudes, penas y alegrías. Por eso, los hermanos de San Benito debemos dar gracias a Dios por tenerte, y dar gracias a quien tuvo la fortuna de sacar de un simple leño de madera esa imagen tan perfecta. ¡Bendita Tú eres Encarnación, y benditas sean las manos que te tallaron!



## Reina y Madre de la Familia Hispalense

*“La nobleza de nuestra familia son los ancianos”.*

Os suena esta frase ¿verdad? Es difícil de olvidar porque con ella, el añorado cardenal Amigo Vallejo, dio sentido a la coronación canónica de Santa María Virgen de la Encarnación, cuando la proclamó en este mismo lugar; una ceremonia destinada a ser el culmen para la iglesia diocesana del Año Internacional de la Familia de 1994.

Siempre que hay un acontecimiento que se cataloga como histórico solemos preguntar: ¿dónde estabas tú en ese preciso instante? Pues yo lo recuerdo como si fuera ayer, porque me tocó vivirlo muy cerquita de Ella. Estaba junto a mi viejo amigo Alberto, ambos vestidos de servidor (poniendo al límite la elasticidad de los trajes) flanqueando a nuestra bendita Madre y siendo testigo privilegiado de las oraciones, lágrimas y agradecimientos que esa noche se plasmaban en cariñosos besos en sus manos, por parte de los hermanos y devotos allí presentes, en un ambiente de emoción y entusiasmo difícilmente igualable.

Y es que todo lo que se organizó en torno a este magno acontecimiento fue inigualable e inolvidable. Desde el ciclo de conferencias, hasta la presentación del cartel de Dubé de Luque, el himno de Pascual González o la marcha de Abel Moreno, pasando por el emocionante pregón de Rodríguez Hidalgo o el festival benéfico por el que desfilaron numerosos artistas. Culminando todo ello con el multitudinario traslado matutino de la Virgen a la Catedral, el Triduo preparatorio en el trascoro y el propio ritual litúrgico de coronación, en una fecha grabada para la eternidad: el 10 de diciembre de 1994.

Y si grandiosa y solemne fue esa ceremonia, no le vino a la zaga la posterior procesión triunfal, donde Sevilla se echó a la calle para acompañarnos en ese glorioso día. Se vivieron estampas inéditas, desde aquellas más clásicas, como el paso de la Dolorosa por el arquillo del Ayuntamiento o las calles históricas de la Calzada y la Viña, hasta otras más inusuales, como cuando la Virgen transitaba bajo la iluminación navideña de las calles del centro de la ciudad, enmarcándose con los rótulos que proclamaban una “Feliz Navidad”.



He de confesar que, para este que os habla, supuso “descubrir” la grandeza de nuestra Virgen, pues anteriormente había volcado mi devoción a los titulares cristíferos de la hermandad, y salvando mi primera estación de penitencia, el resto de años había formado siempre en sus cortejos, bien fuera como músico, nazareno o penitente de la Sagrada Presentación de Jesús al Pueblo o del Santísimo Cristo de la Sangre. Sin embargo, ese día algo hizo mella en mi corazón, aún no sé bien cómo explicarlo, pero cada vez que volvía mis ojos hacia Ella, se producía un escalofrío que atravesaba todo mi cuerpo, haciendo imposible sostenerle la mirada. Y así estuve toda la noche, no sé si es que me sentía preso de algún tipo de remordimiento o vergüenza por no haber sido nunca especialmente mariano, o quizás fuera porque aunque la había mirado con mis ojos, nunca la había visto con el corazón.

Lo cierto es que, desde entonces, eres parte indisoluble de mi vida y de la familia que he tenido la suerte de formar: a tus plantas contraje matrimonio y fuiste primordial en la adopción de mis dos hijos; no puede ser casualidad que nos embarcáramos de viaje a Rusia en busca de Manuel Dimitri un 25 de marzo, y un 25 de marzo bautizáramos ante ti a mi pequeña, a la que pusimos también tu nombre: Violeta María de la Encarnación.

Y es que, como ya te dije, no puede existir mejor nombre que el tuyo, que hasta la abuela que nunca conocí se llamaba como Tú: ENCARNACIÓN, madre de Dios y madre nuestra. Porque Tú eres Señora de la Vida, modelo de aceptación, doncella confiada que te entregaste incondicionalmente al Señor como muestra de tu infinito amor. Y por eso, tampoco puede existir mejor lema del que preciarse que el que llevamos tus hijos de San Benito, con el que seguir tu ejemplo en estos tiempos difíciles, porque la VIDA es el mejor regalo que nos hizo Dios: Tú serás por siempre, mi Encarnación, Reina y Madre de la FAMILIA Hispalense.



## La Virgen visita a los mayores

Para mí, hay dos días en el año en los que veo resplandecer a nuestra Virgen de manera particular. Uno, multitudinario, como es el Martes Santo, y el otro, mucho más íntimo, que es el día que va a visitar a los ancianos de las Hermanitas de los Pobres, en pleno tiempo de Adviento.

En esas frías tardes de diciembre, tus hermanos te llevamos al encuentro de esa nobleza de la familia de la que hablaba el cardenal Amigo: tus mayores. Y es que, si ellos te imploran, qué mejor que seas Tú quien vayas a verlos a su propia casa y pasar la noche al abrigo de su compañía.

Y te presentas a su puerta y descienes hasta el suelo, despojada de tu corona de Reina, para caminar ante ellos en unos instantes fugaces, pero que se hacen eternos, porque ninguno de los que allí están quieren que esa humilde joven de Nazaret siga llorando desconsoladamente, y desean ser pañuelos que enjuguen tus lágrimas, a la vez que musitan sus oraciones y plegarias más íntimas, haciéndolo de tú a tú, sin varales, ni palio, ni música que distraigan sus miradas.

De repente ha desaparecido el frío, todo es calor, el tiempo se ha detenido y así quiere permanecer mientras estés allí; pasarás la noche con tus mayores para que todos puedan disfrutar de ti y sentir el consuelo de tu presencia. Algunos te interpelan para volver a contemplarte en el mismo sitio de nuevo el año siguiente, otros se alegran de que le hayas concedido ese mismo deseo, y, en definitiva, todos se sienten reconfortados tan solo con volver a encontrarse, un año más, con tu mirada de amor infinito.

Los que te acercamos hasta nuestros mayores disfrutamos al ver cómo las Hermanitas nos abren las puertas de su casa y, junto a ellos, presumen de lo bien montado que está este año su Belén o de las manualidades que han ido fabricando durante los últimos meses, para que en estos días su venta sirva como alivio a sus necesidades. Todo se les hace poco para agradecer el regalo que cada año supone la presencia de la Virgen en su casa, aunque el mayor regalo es para nosotros: el poder compartir y disfrutar con ellos y junto a ellos estos enternecedores momentos.



Por eso, cuando llega la hora de marcharte y descienes de nuevo hasta el suelo, despojada otra vez de tu corona de Reina, para volver a caminar ante los ancianos, una vez más quedará detenido el tiempo, para que ahora seas Tú la que los consueles y enjugues sus lágrimas con tu pañuelo, mientras tus mayores anhelan tu pronto regreso formulando su mayor deseo: Madre, ¡hasta el año que viene, SI DIOS QUIERE!



## Martes Santo en la Calzada

¡Y qué decir del Martes Santo! Siempre me ha parecido que el Martes Santo es una metáfora de la vida misma. La mañana es como el nerviosismo de unos padres primerizos, la incertidumbre de que todo vaya a salir bien, con la seguridad de que se ha dispuesto para que así sea y poder disfrutar de los momentos previos al nacimiento. Por ello, nos gusta repasar una y otra vez la lista de la cofradía y el lugar donde tienes que formar. La ilusión de revestirte con la túnica, el uniforme de músico, el costal, el terno negro o la dalmática, que cada cosa esté en su sitio y no se nos olvide nada.

La salida de la cofradía es como el nacimiento: una explosión de luz y algarabía. Los nervios y las preocupaciones desaparecen y solo queda disfrutar. ¡Qué suene la música, que San Benito ya está aquí!

Esa cofradía que da sus primeros pasos por la calle Oriente con la inocencia de la infancia, donde no faltan ni los globos, y que, cuando llega a la esquina de Santa Catalina, lo hace ya en plena juventud, con fuerza, vigor y el brillo del sol en su rostro.

La madurez se alcanza en la Carrera Oficial, presentándose en la plaza de la Campana tal y como es, sin imposturas, cada Titular con su sello propio; y culminando en la Catedral, en esa plenitud de la vida donde has alcanzado tu propósito inicial.

En el regreso empieza a hacer mella el cansancio, al igual que cae la noche, pero es cuando la cofradía se despliega en todo su esplendor, con la elegancia y sabiduría que da la experiencia.

La vuelta a la Calzada es una evocación permanente de ese tránsito desde la infancia a la vejez y, cuando entremos en el templo, es probable que por un instante nos embargue la tristeza de saber que se aproxima el final, aun cuando ese Martes Santo, o nuestra vida misma, no habrá acabado hasta que veamos a María llegar hacia nosotros con sus manos abiertas, para presentarnos ante el Padre, como hará en la hora de nuestra muerte. Pero pronto seremos conscientes que la muerte no es el final y, como nos prometió el Señor, resucitaremos para volver a vivir en plenitud un eterno Martes Santo.



Y es en este punto cuando me vienen a la mente multitud de pinceladas, formadas por recuerdos y pensamientos, viejos y nuevos, que se funden para escenificar desde la nostalgia un MARTES SANTO tan idealizado a veces, como irrepetible e imposible. Se trata de una vuelta al pasado donde se dan la mano realidad y fantasía, y en el que se suceden infinitas variables, tantas como las que se van atesorando año tras año, en nuestro caminar por las calles de Sevilla durante la estación de penitencia. Variopintas situaciones asociadas a esos lugares por los que pasamos, que se van grabando para la eternidad en nuestra memoria, y donde verdaderamente descubres el peso del paso del tiempo.

El mío comienza con la misa a las doce de la noche, donde hoy dos de mis primos reciben su primera Comunión.

Esos nervios que no te dejan dormir, como si fueras a despertarte con la cofradía ya en la calle.

La visita a la iglesia bien temprano para no perderme a la Policía colocando el Ángel de la Guarda en el paso de la Virgen.

El rito de vestirme de Nazareno en la casa de mis padres, muy cerquita de aquí: capirote, hebillas, medalla, papeleta... ¡todo en orden!

Dirigirme con mi familia de la mano, rumbo a la iglesia, como siempre con el tiempo justo.

La espera del reparto de cirios en las Hermanitas, mientras buscamos la sombra de una palmera, ¡a ver si nos van a nombrar y no nos enteramos!

¡Son las cuatro de la tarde, la Calzada en su gran fiesta!

Ya sale la Cruz de guía, navegando entre un mar de capirotos morados a los sonos de la Banda chica de “los Gitanos”.

El peculiar sonido de la rampa cuando la pisan los ilusionados nazarenos.

La salida imposible de Jesús en su Sagrada Presentación, donde Pilato casi se mete en los balcones de la casa de enfrente, a la vez que la Banda “de los niños” interpretamos, entre lágrimas, la Marcha Real y Christus Vincit.

Mi padre de costalero llevando a la loba entre sus brazos.

El prioste colocando el INRI de la cruz del Cristo.





El rodeo que da la cofradía para que la Virgen pueda entrar en el asilo.

El Cristo de la Sangre avanzando con el inconfundible tambor de la Centuria a lo largo de todo, todo Luis Montoto.

La subida del Puente bajo un sol de justicia.

La sombra de la Florida, donde esperan mis abuelos.

La calma de la calle Santiago y el saludo al “Beso de Judas”.

El sol en la cara en Santa Catalina.

Ya están los nazarenos de la Candelaria en San Pedro esperando a que pasemos, ¿es cosa mía, o cada año llegan antes?

La ofrenda floral de los hermanos costaleros a Santa Ángela.

Mi Encarnación en la Encarnación, donde en la grada improvisada de las “Setas” no cabe un alfiler.

¡Mira! Se ve a lo lejos el Cristo de la Buena Muerte en Campana mientras nosotros nos adentramos en Orfila, ¡parece que vamos en hora!

Ahí está el estandarte de “los Panaderos” a las puertas de su capilla, ¡la de horas que se pasan todos los días recibiendo cofradías!

La ilusión de encender el cirio en Lasso de la Vega.

El murmullo de expectación cuando desembocamos al Duque.

Nuestra Agrupación Musical con “Perdona a tu Pueblo” para que el Señor entre en Campana.

La botellita de agua de mi madre en Sierpes.

Alberto Jiménez-Becerril luciendo orgulloso su medalla, presidiendo la corporación municipal en la plaza de San Francisco.

La “bulla” de la Avenida, por donde no se puede casi ni pasar y los niños te tiran de la capa pidiéndote cera y caramelos, ¡a ver cuándo ponen vallas!

El contraste del rojo palio cuando cae la noche, con el amarillo que proyecta la iluminación eléctrica en la fachada de la Catedral.



El niño, que cansado, se adentra en los servicios de la Catedral para refrescarse en la gran fuente redonda, donde dos diputados, como de dos metros de alto y anchos bigotes, no dejan de advertirle desde que llega: *“¡vámonos que tiene que salir el paso!”*.

Los cirios que se apagan en “matacanónigos” y el diputado que no da abasto con el pabito para encenderlos.

Ahora mismo es que no me hallo, ¡pues no que estoy en la cuesta “del bacalao” y la estoy bajando en vez de subiendo! y de día en vez de por la noche ¡un Martes Santo al revés era lo que me faltaba por vivir!

La estrechez de Francos, donde el Misterio sorteaba los balcones y solo se escucha la voz de Carlos: *“¡duro con él, valientes! ¡niña, no toques el Senatus!”*.

La segunda cuesta, la del Rosario, donde no se detiene ni el paso ni la música, a ver quién aguanta más, como tampoco paran los aplausos de un público emocionado.

La satisfacción de Diego mandando la “revirá” del Cristo de la Sangre en la Alfalfa al compás de su banda, que interpreta “El Dios del Perdón”.

El parón de San Esteban en la calle Águilas: ¡otro año igual!

Ahora mismo ya no sé qué me duele más, si los pies, la cabeza o los riñones, ¡el año que viene no salgo!

Las Clarisas cantándole al Señor detrás de una reja.

La plaza de Pilatos, donde, ingenuamente, sueñas con ver un día a nuestro Pilato asomado a sus balcones.

¿Has visto que este año la Virgen casi ha entrado en San Esteban?

De vuelta a la puerta Carmona, con Arahal retumbando con los compases de “Alma de Dios”.

El fresquito de la noche cuando pasas junto a los Caños y la capa coge vuelo.

El Señor bajando el puente muy poquito a poco, mientras los hermanos costaleros sacan fuerzas de flaqueza.



La Virgen en Luis Montoto, con la voz rota de Pepe Candela y la banda del Viso tocando una y otra vez “Campanilleros” y “Encarnación de la Calzada”.

Que Dios me perdone, ya no podía aguantar más con la cruz al hombro... menos mal que nos dejan entrar a los penitentes antes que al “paso”.

Mi Cristo sumergido hasta la cintura en su monte de claveles.

¡Qué “gustito” da cuando entras en la iglesia y te quitas el capirote!

La vuelta en redondo de la Virgen para enfilear la calle San Benito.

La Puebla tocando y cantando “Encarnación Coronada”.

¡Qué alegría que ese maniguetero tan pío haya completado su estación de penitencia junto a Tu palio!

El estruendo que provoca la más sentida y sincera ovación de la noche, cuando ya se han sellado las puertas de la iglesia y la Virgen se posa tras atravesar el dintel. ¡Qué guapa vienes, Madre mía!

Los besos y abrazos de los costaleros.

Mis besos y abrazos con mi mujer y mis hijos, ¡Qué gran Martes Santo, si estoy como nuevo!

Todo se ha consumado, y sin embargo, a pesar del júbilo que nos invade, el gozo no será pleno hasta que escuches esa voz que proclama algo tan añejo como sencillo y auténtico, que dice: ¡VIVA LA HERMANDAD DE SAN BENITO!



## Evocación y despedida

Aunque todos sabemos cuáles son los fines de la hermandad como comunidad de fe, culto y amor, para mí no hay duda que ésta queda también conformada con muchos otros detalles, situaciones, anécdotas e incluso objetos cotidianos del día a día, que a priori pueden parecer insignificantes, pero cuya simple evocación nos hacen ver que forman parte de nuestros sentimientos y recuerdos, y en definitiva, de nuestra vida:

HERMANDAD son las clases de recuperación en verano; los pasos de ensayo en el almacén bajo el puente; la cola interminable en un reparto de papeletas de sitio; las fotografías del Viacrucis del salón de los “pasos”; los ensayos con la banda en el descampado de la telefónica; la soledad del archivo un sábado por la mañana; el cordón rojo y azul de las medallas de las hermanas; los concursos de cultura cofrade contra los temidos equipos de la Hiniesta o San Gonzalo; la pata de jamón que daba la bienvenida al taller de belenismo, ¿era de escayola o era real?; el discurso de Pérez en los almuerzos de hermandad; la primera vez que te sientas como oficial en la sala de juntas; el “soberao” con las velas rizadas colgando bocabajo; la estampita en la Función principal que luego te acompañará en los exámenes; el saetero ensayando en los aseos del “Palacio Andaluz”; las sillas de plástico rojo del salón primero; las hachetas de la procesión claustral; las visitas a la imprenta para ver cómo marcha el boletín; nuestro coro cantándole a la Virgen en su día; las rifas de la juventud; el grito de mi hijo al prioste: “¡Antonio, destapa al Pilato!”; la búsqueda de unas medias improvisadas para vestirte de servidor; los concursos de sevillanas en la caseta de Feria; los retiros espirituales con la junta de gobierno; la Agrupación dando un concierto en las Hermanitas con sus chalecos de pico azules; el pañuelo de la Virgen que da esperanza al enfermo; la pegatina en la solapa un Martes Santo por la mañana; la túnica del Señor que con tanto amor le hizo su camarera; el selfi con Pilato en el Mercantil; la escena de la Anunciación en nuestro añorado Belén; la barra del bar un martes después de los cultos; un 6 de enero con el rey Baltasar dándole a los niños de la Banda del Cristo de la Sangre el regalo que tanto deseaban; la desternillante aparición de Cristóbal Colón en la cena de Navidad de la cuadrilla del Señor; el reparto de cirios rojos en el Corpus; sostener la cuerda de la polea que sujeta al Cristo de la Sangre, que deja su “paso” y vuelve a su capilla, la del gran dosel de damasco; llegar a tu casa y encontrar el boletín en el buzón; las visitas a los necesitados de Regina Mundi o los almuerzos de Navidad en las Hermanitas;



los adoquines del puente en “Raimundo”, las fotos antiguas del barrio en las paredes de “La Calzada” o el calendario con la cuenta atrás del Martes Santo en “la Chicotá”; los viajes en autobús a Málaga y a Lucena o el viaje en avión hasta Adeje; el olor a “limpia-plata” en las noches de cuaresma o el olor a pescado frito en las noches de cuaresma...

Podría estar horas y horas hablando de mi hermandad, nuestra hermandad. Aunque ahora la frecuento bastante menos de lo que me gustaría, por las circunstancias que va dictando la vida, la he disfrutado intensamente durante muchos años, habiéndola servido siempre desde mis limitaciones, sin esperar nada a cambio, porque como bien llevan a gala todos los hermanos mayores que he tenido la suerte de conocer: *“a la hermandad se viene a servir y no a servirse”*.

Y desde esa premisa, he vivido situaciones de rezos, de intimidad, de peticiones, de promesas, de recogimiento, de emoción, de abatimiento, de responsabilidad... pero también, por qué no decirlo, de amor y de humor; porque aquí conocí al amor de mi vida, y disfruté igualmente de instantes de buen humor sano, y de risa, mucha risa, al fin y al cabo somos humanos, con nuestros defectos y virtudes.

Evidentemente han existido situaciones menos agradables, pero lo cierto es que hay que quedarse con las buenas, que son las que nos llenan de verdad y que he tenido la suerte de compartir con tantas y tantas personas como han pasado por esta casa, a los que me vais a permitir que no haya nombrado por temor a olvidarme de alguien. Solo espero que, al menos, os hayáis sentido identificados, al haber estado presentes en la mayoría de estas vivencias que hoy he traído a la memoria.

Y echando la vista atrás, compruebo como Tú siempre has estado conmigo, Madre buena, guiando mis pasos, con la discreción y humildad que te caracteriza, y actuando como aglutinante de mi fe y devoción. Y es que Tú, Encarnación, eres el cimiento sobre el que se levanta nuestra hermandad, en esta y en la otra orilla del río; constantemente a la sombra de tu Hijo, presentado y crucificado, pero cuya mirada buscamos en los momentos más delicados para confortarnos en tus ojos verdes, como en la vida buscamos el abrazo, el consuelo y el beso sanador de una madre.

Es hora de poner el punto final, y sí, lo voy a hacer con un poema (al final va a resultar que hay verso en esta exaltación), si bien, como a continuación vais a comprobar, tiene su truco.



Veréis: procedo de una generación donde encontrar cualquier noticia sobre Semana Santa durante el año era misión imposible, más allá de alguna esporádica crónica en la prensa diaria, por lo que nos conformábamos con coleccionar las postales de “Escudo de oro” y con el que era nuestro libro de cabecera, el del padre Federico Gutiérrez, no había otro.

Entre sus páginas aprendimos la historia y las leyendas de las cofradías sevillanas, e igualmente a identificar a todas las imágenes titulares, pues estaba plagado de multitud de fotografías. Aunque ese libro escondía un tesoro aún mayor, como eran esos versos que salpicaban sus márgenes, la mayoría de ellos ni más ni menos, que de puño y letra del gran poeta y pregonero Antonio Rodríguez Buzón.

Y es allí donde, casi sin darnos cuenta, con la inocencia de la niñez, descubrimos la absoluta VERDAD de nuestra Virgen; nunca se podrá decir tanto con tan pocas palabras. Así que, qué mejor final para este acto que evocar ese bello poema, que muchos de los presentes seguro recordaréis, por lo que os invito a que lo recitéis conmigo si os apetece. Dice así:

*“Ni otra amargura mayor  
ni otro rostro más bonito  
que el de esa bendita Flor,  
orgullo de San Benito,  
Madre de la Encarnación”.*

He dicho.